



SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – V

Servir a Jesucristo en el trabajo y en la obediencia.

Madre María Eugenia – 24 de marzo de 1878

Mis queridas Hijas,

Aunque hoy vayamos a oír la palabra de Dios, no quiero estar más tiempo sin proseguir lo que habíamos dicho sobre el espíritu de la Asunción.

Me parece haberos mostrado la última vez, que conocer perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo es conocerle con la mayor perfección posible por medio del estudio, por medio de la ciencia divina y también de un modo más santo, más sobrenatural, por la atención, el recogimiento, la unión del alma a su divina presencia.

Hoy quisiera hablar sobre lo que es servir perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo. Nos hemos considerado, en primer lugar, como criaturas hechas a imagen de Dios; ahora tenemos que considerarnos como quienes están a su servicio; porque, si estamos destinadas a ser hermanas de los Ángeles, por nuestra alma creada a imagen de Dios y por nuestro entendimiento creado para llenarse del conocimiento divino, tenemos también un cuerpo, una misión que cumplir, facultades para ejercitar, y algo que hacer en este mundo.

Incluso antes del pecado, se le había impuesto al hombre el trabajo. Dios le dijo que le colocaba en el paraíso terrestre para que lo trabajase: cuánto más después del pecado, cuando Dios condenó al hombre a comer el pan con el sudor de su frente, se convierte el trabajo en una ley de la naturaleza humana. Sin duda, es un trabajo tratar de conocer a Nuestro Señor; pero eso no basta, hay que servirle con toda perfección. y ¿cómo? Con el trabajo; porque, ¿qué sería una sierva que no trabajase? Hay que ser, por lo tanto, diligentes, trabajar para servir a Dios en todo lo que se presenta, y santificar su trabajo ofreciéndoselo a Dios.

Cada una de nosotras tiene su parte de trabajo. La que está en la cocina, se esfuerza en preparar los alimentos; las que limpian el monasterio, mantienen el orden, se ocupan de los cuidados necesarios de la vida de la comunidad; todas las que sirven a las niñas, las que están en la portería, las que cosen, las que bordan, las que dibujan; las que tienen el trabajo tan cansado de cuidar, de atender o de enseñar a las niñas, encuentran en sus ocupaciones un medio de servir a Dios; pues todo esto es un trabajo que se hace para servir a Jesucristo, que un día podrá decirnos:

“¡Bien, siervo bueno y fiel!; has sido fiel en lo poco, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor”.¹ (12).

¿Qué es ganar talentos? No es más que el uso que hacemos de cada una de las facultades que se nos han dado para servir a las almas y atraerlas a Jesucristo. Aplícaos, pues, hermanas, en trabajar con ánimo, con confianza y con generosidad. Santificad vuestro trabajo con la oración; trabajad siempre para Dios, nunca para vosotras mismas.

Llego aquí, a la segunda cualidad que debe tener una sierva, esposa de Jesucristo, que quiere servirle con toda perfección; es el trabajo santificado por la obediencia y la obediencia que se entrega al trabajo. He aquí lo que va a determinar la vida entera de una Religiosa.

Algunas Reglas aplican a las almas obedientes este versículo de los Salmos: “Hacia ti levanto mis ojos, Señor, como los ojos de una sierva están fijos en las manos de su señora”². Esto quiere decir que, al menor signo, que, a la mínima voluntad de Dios, el alma está siempre dispuesta. y ¿a qué? A acudir, a emplearse, a hacer una cosa u otra, en fin, a darse por entero. He aquí lo que Nuestro Señor espera de nosotras. Obedecer en todos nuestros actos, obedecer puntual, pronta y alegremente; dar a todos nuestros actos el modo de la obediencia, este es el verdadero servicio que nos pide. Si dormimos, es la Regla la que marca el tiempo de nuestro descanso; si comemos, también lo marca la Regla; si nos ocupamos de las niñas, si tenemos un empleo u otro, todo está regulado por la obediencia.

Veis con esto cómo el perfecto servicio a Jesucristo se encuentra en una persona que obedece, que es fiel y generosa en las cosas más pequeñas, que tiene los ojos fijos en Dios para hacer su voluntad, y que todo lo hace con esta intención. Se vuelve al trabajo, se enseña, se hace una cosa u otra; pero siempre se le dice a Dios:” Dios mío, lo hago, porque es tu voluntad; deseo obedecerte al hacerlo. Me someteré por completo a la obediencia y no buscaré aquello que siento como el ideal de mi mentalidad».

Aquí tengo que señalar un peligro. Cada una de nosotras tiene su propio criterio, sus ideas personales; y si, al margen de la obediencia, se busca el concepto del bien tal como existe en nosotras, se puede hacer una obra buena en sí; pero eso no es servir perfectamente, porque el que sirve realiza el bien exactamente como se lo piden. Cuando se construye una catedral, y el plano indica formas redondas, ¿qué sucedería, si a un obrero se le ocurriese hacer una ojiva en medio de esos círculos? Esa ojiva podría ejecutarse con gran maestría, pero estropearía un edificio de estilo románico. Del mismo modo, vuestra idea personal podría ser buena, admirable, el día que tengáis la responsabilidad de proponerla y en un contexto; pero en cualquier otro momento, si queréis servir perfectamente a Nuestro Señor, no tenéis que actuar según vuestro criterio, sino según la obediencia que coordina todo vuestro trabajo, desde el principio hasta el fin.

Insistiré en una tercera característica que me parece muy propia del espíritu de la Asunción: el desinterés. Cualquiera que trabaje para Dios, debe ser muy desinteresado de sí mismo. No tiene ninguna importancia que se piense que hacéis las cosas bien, que tenéis razón, que realizáis un trabajo brillante; puesto que es a Dios a quien servís, es preciso que vuestro trabajo esté presidido por un gran desinterés.

¹ Mt. 25, 23.

² Sal. 123, 1-2.

No buscáis un fin personal, vuestro ideal es más alto, queréis servir perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo: ¿qué más os da, pues, servirle perfectamente en una cosa o en otra?

Ved cómo el desinterés conduce a la perfección religiosa. Ya no hay empleo, ya no hay consentimiento, ya no hay razón, en cierto modo, que influya en un alma que, al haber pasado por el conocimiento a la imitación de Nuestro Señor, e incluso a la unión con Él, llegue por la obediencia a una dependencia continua, a un deseo ininterrumpido de ofrecer su trabajo a Nuestro Señor en un desinterés completo de sí. Es, en cierto modo, el comentario de lo que decís en el acto de amor: “Dios mío, te amo sobre todas las cosas y mucho más que a mí misma”

Para llegar a la práctica, daos cuenta que, para amar a Dios más que a una misma, no se trata de considerar cuáles son los fines que el trabajo tiene para nosotras, sino que se trata de ver de qué modo lo quiere Dios, lo manda Dios, le agrada a Dios, y de cómo, al realizarlo minuto a minuto, nos mantenemos en la obediencia y en la generosidad para con Dios.

En fin, llego a la perfección de las acciones ordinarias que tiene que ver también con el perfecto servicio de Nuestro Señor. Si el servicio de Nuestro Señor consiste en el trabajo, en la obediencia, en el desinterés para no buscarse en nada, para olvidarse y para buscar siempre a Dios, comprenderéis, Hermanas, que el amor quiera imprimir una gran perfección en las menores acciones que realizamos para el servicio de Dios.

Cada una de nuestras acciones tiene una perfección propia para que sea santa, amable, prudente, realizada según el espíritu de la Regla; y quien se aplicase a esto haría con gran perfección cada una de sus acciones: la de levantarse, la de la modestia exterior, la de la oración, la del Oficio, la de las conversaciones con las Hermanas, la de las relaciones con las niñas, la de la enseñanza, la de los estudios, la de los recreos que son actos muy importantes, en una palabra, todo. La perfección de las acciones ordinarias caracteriza a una persona que sirve con perfección.

Os dejo estas cuatro ideas; son muy prácticas y se refieren, sobre todo, a nuestra perfección exterior. Pero si tuviéramos ese exterior de perfección, juzgad cómo esto ayudaría a nuestra perfección interior, y cómo Dios se complacería en un alma que trabajase siempre por obediencia, con desinterés y que tratase de hacer con toda perfección los actos más ordinarios.

He aquí lo que se me ha ocurrido sobre el perfecto servicio; otra vez os diré lo que es el amor perfecto. Claro es, que todas estas cosas se relacionan: no se conoce perfectamente sino lo que se ama. Sin embargo, es bueno separarlas algunas veces, para ver cómo se las puede abarcar en un orden de perfección que sobrepasa el de la vida cristiana ordinaria.

Las niñas, las jóvenes que vienen aquí, tienen la idea elevada de la vida religiosa; cuando ven a una religiosa, esperan encontrarla desprendida de sí misma, perfecta en sus más pequeñas acciones, con un exterior modesto y recogido que se desprende de la oración y de la unión con Nuestro Señor Jesucristo. Poned, por lo tanto, en ello mucha generosidad, mucho empeño, para manifestar así lo que sois, para Nuestro Señor; a fin también de que, al ver vuestras obras buenas, los hombres glorifiquen a vuestro Padre celestial que, por su gracia os ha llamado, por su gracia os sostiene y os hace realizar todo esto.